

EL COCODRILO, veinte años de feria en feria

Isidro 'Pinteras' se ha convertido en uno de los grandes clásicos de las ferias de la comarca – Su chiringuito forma parte del paisaje de la feria de La Solana.

AURELIO MAROTO

Aquella mañana se levantó mohíno. Era albañil y no le gustaba el palustre. Era camionero y no le gustaba el volante. “Voy a poner un bar”, le dijo a su padre. Resuelto, compró una caja de botellines y llamó a su amigo Manolo *Gallinica*, “¡déjame un mostrador que me voy a San Isidro a vender!”. La romería del patrón agrícola se celebraba por entonces en La Moheda, con misa de campaña incluida. Así empezó todo. Isidro Araque Jaime (La Solana, 1965), conocido popularmente como Pinteras, comenzaba un matrimonio profesional con el mundo de la hostelería. A su manera, ha ido prosperando hasta convertirse en un feriante veterano, uno de los últimos feriantes de La Solana.

“Antonio Guerrero fue mi primer cliente, bien me acuerdo”. Vendió los botellines enseguida y eso le animó, “me di cuenta de que era lo mío”. Pero antes de dedicarse por entero al negocio trabajó por cuenta ajena en el bar La Rebaná, por entonces en el parque. “Con Tomás *Rebaná* estuve un par de años haciendo fines de semana”. Entre tanto, seguía con su mostrador en la romería de San Isidro y dos veranos con La Paloma, también en la bajada del parque. Enfrente, abrió por su cuenta ‘El patio de mi casa’, pero fue un fracaso “no ganábamos ni para pipas”. Entonces se decidió a hacer ferias con el hombre que ha sido, y sigue siendo, su camarero de confianza: Juan José Jareño, su auténtico brazo derecho allá donde va, “Juanjo es como mi sombra desde que empecé”.

Era el verano de 1990 y se fueron a la feria de San Bartolomé, en Alhambra. La anécdota es que el primer día abrieron temprano y allí no iba nadie, “asómate a ver si viene alguien, galán”. Pero allí es costumbre no salir hasta la inauguración oficial, “estuvimos hasta las siete de la mañana y se agotó el género; volví al pueblo con 700.000 pesetas en el bolsillo”. Pletórico, también hicieron San Carlos del Valle y el Castillo.



El chiringuito ‘El Cocodrilo’ en una fiesta de barrio.

Isidro se animó al año siguiente otra vez en el parque y alquiló el local de ‘El Pájaro Loco’, un chiringuito de éxito por entonces. Pero le cambió el nombre por el que ahora sigue siendo su marca de referencia: ‘El Cocodrilo’, denominación que tiene su génesis en una camiseta que se compró en Canarias durante su luna de miel. Con todo, siguió haciendo las mismas ferias en agosto.

Pero un día le dijo a su mujer: “Maribel, esto no funciona”. Pinteras dio otro golpe de timón, se lió la manta a la cabeza y se fue a Jaén a comprar su primera caseta, aunque de segunda mano. “Pepote (Eusebio Naranjo) me prestó 500.000 pesetas para comprar la caseta y el camión de Toboso”. Pero el verano no arrancó bien, “fuimos a la feria de Camuñas y vendimos tres o cuatro pollos”. Menos mal que La Solana, Membrilla, Alhambra y San Carlos del Valle se dieron bastante bien y pudo respirar, “devolví el préstamo en cuanto pude”.

Por entonces, principios de los 90 del siglo pasado, ya hacía algunas fiestas de barrio, que tuvieron unos años de mucha animación, “en los barrios se vendía mucho, sobre todo en Santa Quiteria”. Ahora, asegura que las

verbenas de barrio han caído desde el punto de vista comercial.

El nuevo ferial

Llegó el año 1995 y la feria de La Solana cambió de ubicación. Los tiouvivos pasaron del histórico *pajero* del parque al nuevo ferial en La Moheda, lo que supuso un cambio general en la ubicación de puestos y casetas. El Ayuntamiento dio a elegir la mejor parcela del recién construido bulevar a los dos únicos chiringuitos solaneros, el suyo y el de Blas Peinado, otro feriante tradicional ya retirado. Los dos vendían pollos, y Pinteras se hizo con su parcela cuando el veterano Blas abandonó.

Ahora, la ruta de Isidro ‘Pinteras’ es amplia. Comienza el verano en el Pozo de la Serna, sigue en La Solana, y de ahí a Ciudad Real, Alcubillas, Alhambra, Membrilla, El Pardillo, Castillo y San Carlos del Valle, además de la Semana de Santa Elena, también en El Cristo. En su mochila lleva la caseta, la caravana-bar, el camión, la furgoneta y la caravana-vivienda, junto a una tropa de entre 6 y 17 empleados, según los casos. Es trabajo temporero, pero trabajo al fin y al cabo.